

S O B R E T R I N I D A D



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
CALLE LA HABANA

41

**TRINIDAD EN 1850.—PRINCIPALES CASAS DE COMER-
CIO.—MEDICOS Y ABOGADOS. — “LAS PROVINCIAS
VASCONGADAS.” — “PATONES” Y “CHALECOS”.**

Trinidad el año de 1850, en que empiezan mis recuerdos, era una de las ciudades más ricas de la Isla de Cuba y á la vez, más hermosas. Sus calles anchas, bien empedradas y con grandes aceras, eran de fácil aseo con los aguaceros que rápidamente iban á parar al río Caballero, gracias á la pendiente de la ciudad construida en una loma y á una legua, poco más ó menos del puerto conocido por Casilda. Tiene unas cuevas muy prolongadas que á haberse explotado hubieran tenido más resonancia que las de Bellamar. A su puerto hace entrada y salida una lengüeta de tierra á cuyo extremo había un fuerte con guardia de artilleros que fué preciso abandonar, porque las nubes de mosquitos acababan con los hombres.

Desde la vigía de la loma del puerto que divisa el mar se ve el valle de Trinidad que es precioso y en aquella época estaba dotado de ingenios hasta el pie de la misma loma.

Más abajo de la “barranca” que termina en el río Táyaba, había hermosas quintas de recreo que hoy, según mis noticias, son simples sembraderos. Los leones que hay en la plaza de armas de Cienfuegos pertenecían á una de ellas.

La zafra que era de 84 mil cajas de azúcar superior hoy no llega á 60,000 sacos y en cuanto al impuesto quedó reducido á 3,300 contribuyentes por 11,500 pesos que antes casi pagaba una sola casa.

Había magníficos edificios, como la casa estucada y forrada de mármol de don Guillermo Bequer;

la de don Justo Germán Cantero, la de Zulueta, el teatro de Brunet que según buenas referencias son hoy ruinas y simples recuerdos del pasado como las famosas quintas y los famosos ingenios.

Dos puntos negros tenía entonces, para mí, Trinidad: el juego y la importación de negros en sus costas. La última expedición por entonces, fué la que llevó un gran barco con velas latinas enormes, cuyo capitán era el famoso Viñes. Había en Trinidad un intendente llamado Llorente, padre del magistrado don Pedro Llorente que perseguía la trata de negros con laudable encarnizamiento.

Trinidad, puede decirse que se durmió sobre sus laureles: descendió la construcción del ferrocarril de Casilda á Trinidad y Cienfuegos, á pesar de su largo canal se fué llevando el tráfico y la riqueza.

Había en Trinidad en el año de referencia la casa de comercio y banca de Zulueta y hermanos,—donde yo estaba colocado—, la de Marrugat, Palau y Co., la de Leonci y Co., la de Fritz, Traub y Co., y la de Caton, Safford y Fox, donde estaba colocado Sergio de la Vega. La primera y las dos últimas tenían almacenes en Casilda. De uno de ellos estuve hecho cargo una temporada.

De capitalistas rentistas y ricos hacendados, se contaban don Juan Guillermo Bequer, don cruz, gentil hombre, etc. Era de Filadelfia donde se llamaba Baker, pero se españolizó y perdió los bienes que tenía en los Estados Unidos, era sordo y hablaba mal el español. Don Justo Germán Cantero, que casó con la ri-

quísima vinda de Iznaga. Era médico pero no ejercía: le gustaba la vida elegante y de sociedad; no se le llamaba sportman, porque todavía no habíamos echado á perder el español. Don Mariano Borrell, Marqués de Guamaire, tío de la Duquesa de la Torre; don Agustín Lleonei, catalán cuyo socio era el joven José Font y Surís que últimamente fué suegro del general Velasco. Había además Altumaya, Cunat y otros de menor importancia y don Feliz Iznaga, fuerte capitalista en ingenios y fincas rústicas.

Como médicos descollaban el doctor don Ramón Torrado y Quiroga, gallego que era una eminencia y no cobraba sus visitas, porque decía que el médico era el cura del cuerpo, como el sacerdote era el cura del alma. Verdad que estaba rico. El doctor don José Frías, gran político. El doctor Frías jamás estuvo de mal humor, ni aun para morir. Un amigo suyo hacendado, quiso probar el genio del doctor Frías y un día que se hallaba en el ingenio del susodicho hacendado, le afeitaron el caballo. El doctor Frías al ver aquel fenómeno se echó á reír, mandó ensillar y entró en Trinidad muy campante entre las risas de sus amigos que lo eran de veras cuantos le trataban.

Los abogados allí no prosperaban: llegó de España el doctor Pedro González de Llorente, que en la Habana ha dado muestras de su valer como abogado, y tuvo que meterse á empresario del transporte de agua potable en barrios.

La vida en Trinidad, en la época de mis recuerdos, era sumamente agradable. Había gran fraternidad entre cubanos y españoles que costó mucho trabajo á los sucesos el romper. Sin embargo, distinguíase por su hostilidad hacia los españoles una pequeña ba-

rrriada llamada "las provincias vascongadas" porque los apellidos de aquellas familias, que todas gozaban de buena posición, eran vascongados. Las jóvenes de aquella barriada eran hermosísimas y no se detenían en rechazarlos, llamándonos "patones" y "chalecos". Nunca he podido averiguar el origen de la palabra chaleco en el sentido de ofensiva. Una tarde y como dependiente de Zulueta, tuve que ir á una casa, de esas á desempeñar un encargo ante el jefe de aquella familia. Estaban celebrando un bautizo y mi entrada causó el mismo efecto que si se hubiera presentado una legión de avispas. Estaban desesperados los y las jóvenes porque no llegaba el pianista para empezar el baile. Con el descaro de los pocos años me adelanté, abrí el piano y toqué la danza de moda entonces, "El real y medio". El efecto fué maravilloso. Seguí tocando como buen discípulo del insigne Julián Jiménez, que aún vive para gloria de Cuba, hasta que me acordé que era el dependiente de una casa de comercio. Me levanté y al despedirme dije á la joven, hija del dueño de la casa: "Ya usted vé que los patones servimos para algo". "Una abeja no hace colmena", me dijo ella, para no abandonar su intransigencia. Pasaron años y en Cienfuegos tuve el gusto de asistir al matrimonio de una de sus hijas y de reirme con ella de nuestras tonterías de jóvenes.

José M. de Arrarte.